

# **reflexiones sobre la nueva evangelización de europa**

Antonio González Dorado

En estos años, Europa se ha constituido en un desafiante proyecto para todos los europeos. Parecía la utopía de un soñador, cuando el General De Gaulle proponía una Europa unida que “abarcase desde el Atlántico hasta los Urales” y políticamente integrada en “una nación de naciones”. Pero la utopía comenzó a cobrar una modesta realidad en 1957 con la firma del Tratado de Roma. Nació la “pequeña Europa”, como entonces fue llamada, o la “Europa de los seis”. Durante treinta años se ha recorrido un largo camino. Hoy contemplamos sorprendidos la consolidación de la “Europa de los doce”, el inesperado desmoronamiento del muro de Berlín, la posibilidad de la integración del Este y del Oeste en una gran comunidad europea.

El horizonte del futuro, siempre abierto a la esperanza, aparece lleno de dificultades e interrogantes: ¿Será viable la construcción de una Europa unida?, ¿cuál será el espíritu que aliente a esa gran nación de naciones?, ¿surgirá como una esperanza para toda la humanidad o como una nueva amenaza para el Hemisferio Sur e incluso para los pueblos que hoy se consideran más poderosos que Europa?, ¿exigirá el proyecto un nuevo holocausto en el interior del propio continente?

Son preguntas que han de ser tenidas en cuenta por todos los europeos en la gestación de la nueva Europa, ya que nuestras orientaciones de hoy están condicionando las realizaciones del futuro.

Es en este contexto donde emerge, en el interior de la Iglesia Europea, el proyecto de una Nueva Evangelización del continente. La Iglesia no puede olvidarse de la misión que Dios le ha dado en el mundo, ni de la cuota de responsabilidad que le corresponde en la construcción de la nueva Europa. ¿Cuál es el original servicio evangélico que la Iglesia debe prestar a la Europa de hoy y cómo debe de hacerlo? Estas son las preguntas que laten en el todavía incipiente impulso de la Nueva Evangelización.

## I. NACE EL PROYECTO DE LA NUEVA EVANGELIZACION DE EUROPA

El nombre del proyecto es reciente y ha sido acuñado, con muchas vacilaciones, en el decenio de los años ochenta <sup>1</sup>. Pero sus contenidos más profundos y originales se encuentran marcados por un largo proceso del despertar de la Iglesia a la nueva realidad de Europa y del mundo.

### 1. Una Iglesia misionera para el continente europeo

Considero un momento crucial para la Iglesia europea el nacimiento de *la Misión de Francia* en 1941, bajo la iniciativa del Cardenal Suhard. Inmediatamente se toma conciencia de la situación de descristianización y de la increencia en la que se encontraba el país. Godin escribe su inquietante libro *France, pays de Mission* (París 1943), y Boulard publica su obra sociográfica, *Problèmes missionnaires de la France rurale* (París 1945). La semilla estaba echada para una nueva comprensión de toda Europa como un continente de misión.

Pronto se advierte que para la nueva situación religiosa de Europa son inadecuados los tradicionales sistemas pastorales. Michonneau elabora un original tipo de parroquia y edita su obra *Paroisse, communauté missionnaire* (París 1945).

Pero la misión necesitaba mayor audacia y surgen los sacerdotes obreros. Como dice Schurr, "la empresa está dominada por la convicción de que sólo un clero misionero está en condiciones de hacer presente a la Iglesia en la civilización moderna. Para compensar la desigual distribución de los pastores, estos misioneros son colocados en las regiones espiritualmente

---

<sup>1</sup>Durante estos años se habla oscilantemente de "reevangelización", de "segunda evangelización" y de "nueva evangelización".

más abandonadas, en grupos, para mantenerse firmes en el ambiente tan paganizado; pero además, este equipo sacerdotal constituye la célula inicial de la comunidad cristiana. Escogen la pobreza para su comunidad, y creen por esto estar llamados a una actividad bendecida por Dios, ya que El se ha servido siempre de los pobres para sus planes. Y, pues se trata de una verdadera misión, hay que despertar ante todo la fe y la caridad, y no predicar primeramente moral y apologética. No sólo hay que convertir a las almas por separado; más bien hay que dar soluciones institucionales y colectivas: se quiere establecer la Iglesia por medio de la implantación de células en ambientes amplios y reducidos. La clase obrera es la que más necesita de este tipo de misión. El único modo de penetrar en ella es compartir su suerte y la inseguridad de su existencia. Y por esto, algunos miembros se hicieron sacerdotes-obreros”<sup>2</sup>.

En medio de muchas dificultades y riesgos, no cabe duda que estaba naciendo un nuevo modelo de Iglesia en Europa, adaptado a los nuevos condicionamientos religiosos y culturales.

## 2. De la Iglesia misionera a la Iglesia evangelizadora

En los años siguientes el tema se profundiza hasta alcanzar una nueva comprensión de la propia Iglesia desde su misión evangelizadora<sup>3</sup>.

*El Concilio Vaticano II*, con preocupaciones marcadamente europeas, clarifica un nuevo sistema de relaciones entre la Iglesia y el mundo, en las que la función misionera queda incorporada en un servicio más amplio, al que denomina como “misión de la Iglesia en el mundo contemporáneo” (GS 40-45)<sup>4</sup>. Afirmando el derecho de la libertad religiosa, oficialmente clausura el superado período de cristiandad. Desde su nueva posición evangélica en la comunidad política, enfrenta una nueva visión de la realidad, en la que, con un profundo respeto ante la libertad del hombre, reconoce la original autonomía de sus actividades (GS 36) y la presencia de los signos de Dios y de los tiempos en el devenir de la historia, más allá de sus propias fronteras eclesiales.

---

<sup>2</sup>SCHURR, *Pastoral de los tiempos nuevos*, Bilbao 1962, p. 70.

<sup>3</sup>FLORISTAN C., “Evangelización”, en: *Conceptos fundamentales de Pastoral*, Madrid 1983, pp. 339-351.

<sup>4</sup>Siglas más frecuentes: DH, Dignitatis Humanae; EN, Evangelii Nuntiandi; ES, Ecclesiam suam; GS, Gaudium et Spes; RH, Redemptor hominis.

*Pablo VI* definitivamente identifica la misión de la Iglesia con la evangelización (EN 14), destacando tres dimensiones fundamentales: la misionera (EN 23), la humanización evangélica de las culturas (EN 18–20) y la liberación de los oprimidos (EN 30–39). Subraya simultáneamente la necesidad de que la Iglesia se evangelice a sí misma, “a través de una conversión y una renovación constantes, para evangelizar al mundo de manera creíble” (EN 15).

### 3. La reflexión sobre la Nueva Evangelización de Europa

El decenio de los años ochenta ha sido especialmente importante para clarificar las líneas de la Nueva Evangelización de Europa.

En octubre de 1985, se celebra *el VI Simposio del Consejo de las Conferencias Episcopales Europeas*, en el que se afronta directamente el tema “Secularización y Evangelización de Europa”. La preocupación se centra en la creciente increencia y descristianización del continente. Juan Pablo II cierra las sesiones con un discurso programático <sup>5</sup>, curiosamente paralelo al que había tenido en Santo Domingo en 1984 <sup>6</sup>, afrontando la globalidad de problemas que implica la *segunda evangelización* de Europa. Se trata de una nueva evangelización que no sólo ha de afrontar la problemática religiosa del continente, sino también colaborar en el proceso de la unificación de Europa, en el que se está trabajando desde 1957.

Tres años después, en 1988, es *el encuentro del Papa con los más altos organismos europeos*. Su reflexión queda recogida en tres importantes discursos <sup>7</sup>, en los que subraya que la unidad de Europa ha de quedar vivificada por un nuevo espíritu, por una nueva alma y una nueva conciencia.

En 1989 se celebra en Basilea la *Asamblea Ecu­ménica* de las Iglesias Europeas <sup>8</sup>. Las Iglesias reunidas se sienten responsables de aportar en esta hora de Europa el Evangelio de la justicia y de la paz.

Mientras tanto, la *perestroika*, promovida por Mijail Gorbachov, ha desencadenado el inesperado proceso reformador de la Europa del Este, culminando el 9 de noviembre de 1989 en el simbólico acontecimiento de la

---

<sup>5</sup>Ecclesia n. 2242 (1985) 1320–1325.

<sup>6</sup>Ecclesia n. 2193 (1984) 1278–1281.

<sup>7</sup>Ecclesia n. 2394 (1988) 1546–1549; n. 2395 (1988) 1580–1583, 1584–1585.

<sup>8</sup>Ecclesia n. 2427 (1989) 825–841.

demolición del Muro de Berlín. La situación se presenta de tal manera inesperada y que Juan Pablo II, en su reciente viaje a Checoslovaquia, ha sentido la necesidad de convocar "una asamblea especial del Sínodo de los Obispos para Europa, a fin de que mis hermanos en el episcopado (...) tengan la oportunidad de reflexionar más atentamente sobre el alcance de esta hora histórica para Europa y para la Iglesia" <sup>9</sup>. El encuentro se realizará en 1991.

#### 4. Dos puntos de referencia orientadores

La Iglesia ha tomado conciencia de la profunda transformación que se está produciendo en Europa. Su pregunta es cómo evangelizarla hoy. No es fácil la respuesta, pero quedan clarificados dos importantes puntos de orientación. El primero es el punto de partida: se terminó definitivamente la vieja cristiandad. Hoy Europa es un continente de misión, que impulsa a la Iglesia a volver a la originalidad de Jesús de Nazareth (DH 11). El segundo es el objetivo, el gran objetivo de la evangelización de Europa: promover en ella la Civilización del Amor, densa expresión acuñada por Pablo VI, que implica una conversión de la cultura europea no precisamente a la Iglesia Católica, pero sí al Reino de Dios, interpretado en su más densa expresión del amor que nos ha sido revelado por la Comunidad Trinitaria en Cristo (1 Jn 3, 10-18).

## II. EVANGELIZACION EN EL CONTEXTO DE UNA EUROPA POSCRISTIANA

El problema más agudo, con el que se encuentra la Iglesia para desarrollar su misión y su servicio evangelizadores a Europa, es el patente desarrollo de una *increencia poscristiana y posreligiosa*, con la que aparece marcada la nueva cultura europea. Juan Pablo II reconoce que "Europa, tal como se ha configurado al término de los complejos acontecimientos del último siglo, ha planteado el desafío más radical que la historia ha conocido en el cristianismo y en la Iglesia" <sup>10</sup>.

Hoy la evangelización se ha de realizar a contracorriente, enfrentando un energético proceso de descristianización y de propagación del agnosticismo, que penetra, invadiendo y asolando, a las propias comunidades cristianas

---

<sup>9</sup>Ecclesia n. 2474 (1990) 647.

<sup>10</sup>Ecclesia n. 2242 (1985) 1320.

(ES 20, 43, 44). Nos encontramos ante una increencia reaccional, posreligiosa y militante.

### 1. Una increencia reaccional frente a la Iglesia

El Cardenal Daneels ha calificado la increencia europea como reaccional <sup>11</sup>, es decir, como expresión de un rechazo de la Iglesia institucional e histórica. En el fondo de este tipo de increencia late un desencanto frente a la Iglesia y quizás la añoranza de una Iglesia más coherente con el Evangelio.

El hecho había sido recogido responsablemente por el Vaticano II al señalar que “en esta génesis del ateísmo pueden tener no pequeña parte los propios creyentes, en cuanto que, con el descuido de la educación religiosa, o con la exposición inadecuada de la doctrina, o incluso con los defectos de su vida religiosa, moral y social, han velado más bien que revelado el genuino rostro de Dios y de la religión” (GS 19).

Descendiendo a un terreno histórico más concreto, la Asamblea Ecu­ménica de Basilea hacía una confesión de los pecados de las Iglesias ante Dios y ante Europa: “Los cismas y las luchas religiosas han marcado fuertemente la historia de Europa. Muchas guerras fueron guerras de religión. Millares de hombres y de mujeres han sido torturados y asesinados a causa de su fe. En los grandes conflictos sociales, en los cuales el envite era la justicia, las Iglesias frecuentemente han permanecido en silencio. La consecuencia de esta historia y de la segunda guerra mundial es que Europa se ha convertido en un hogar dividido” <sup>12</sup>. El mismo Cardenal Daneels subrayaba que la memoria colectiva europea “ha registrado la ruptura entre la Iglesia y la civilización moderna, sobre todo a lo largo de los siglos XIX y XX”. Y añadía: “La causa más importante de este ateísmo reaccional se encuentra quizás en el abandono y en la soledad existencial, en las que la Iglesia ha dejado las masas proletarias del siglo XIX” <sup>13</sup>.

En este contexto es donde se ha desarrollado el drama europeo del humanismo ateo, recordando la expresión de De Lubac. Curiosamente los pecados de la Iglesia, sus errores históricos y su estancamiento inmovilista en un pasado medieval han conducido progresivamente a amplios sectores europeos a una postura agnóstica, cuando no positivamente atea.

---

<sup>11</sup>Ecclesia n. 2251 (1986) 28-43.

<sup>12</sup>Ecclesia n. 2427 (1989) 831-832.

<sup>13</sup>Ecclesia n. 2251 (1986) 29.

En el fondo de la increencia reaccional europea subyace una nostalgia de lo que debe ser la Iglesia.

## 2. Una nueva fe en el hombre y en sus conquistas

El positivo rechazo de la Iglesia, que ha constituido la religión europea durante muchos siglos, ha originado un profundo vacío religioso, que fundamentalmente ha sido cubierto por una fe reducida al hombre inmanente, subrayando sus capacidades prometeicas de constante progreso y de conquista de todos los misterios del universo.

Esta nueva religión del hombre, coherente con la cultura comercialista que se ha venido desarrollando en Europa desde el siglo XII, cree poder conseguir una sociedad de hombres absolutamente libres, naturalmente buenos y razonables, sin necesidad de Dios ni de las tradicionales instituciones religiosas. Los motores que la impulsan hacia el futuro *mundo feliz* son el respeto absoluto a la libertad, el progreso de la ciencia y de la técnica, y el incremento de todo tipo de bienes y servicios, capaz de satisfacer las aspiraciones de todos y cada uno de los hombres.

Ha surgido de esta manera *un nuevo modelo de cultura laicista o secularista*, de la que se originan distintas corrientes de ateísmo y de increencia (EN 55).

## 3. Una increencia pragmática y militante

Pero lo característico de la nueva cultura secularista es que es *expansiva y militante*, infundiendo a sus neófitos una mística por haber logrado alcanzar unas nuevas cotas de poder y libertad históricamente irreversibles. Ellos se sienten constituidos como el futuro de la humanidad.

La expresión más característica de esta militancia se ha dado durante estos años en la Europa del Este, donde la religión ha sido sistemáticamente marginada por ser considerada como el opio del pueblo.

En el Oeste predomina un positivismo pragmático. Oficialmente se reconoce el derecho a la libertad religiosa, pero axiológicamente a los creyentes y a las comunidades religiosas se los considera como testigos del pasado, como fuerzas de resistencia del conservadurismo, como hombres que han perdido el tren de la historia. En dicho ambiente el derecho a la libertad religiosa,

respetuoso con todos los ciudadanos, se valora principalmente como *derecho a liberarse de toda religión y de toda fe religiosa*.

La tentación de Europa es la de trazar su proyecto sobre un modelo predominantemente laicista, olvidando o despreciando los valores salvíficos que se encierran en la dimensión religiosa del hombre y en la revelación hecha por Dios en Cristo, y que fundamentalmente es transmitida por la Iglesia.

#### 4. La misión de la Iglesia en Europa

Ante la nueva situación religiosa de Europa, también la iglesia se encuentra sometida a dos tentaciones.

La primera es la que Juan Pablo II ha denominado como *tentación integrista*. Como afirma el Papa, fue la tentación a la que se cedió en la Edad Media. Hoy el integrismo supondría la añoranza de la vieja cristiandad, y la resistencia de adaptación a la cultura y a las necesidades de la nueva Europa <sup>14</sup>.

Pero otra tentación es la que invita a la Iglesia a una *fácil acomodación* al ambiente dominante, a un *camuflaje* del mensaje evangélico que ha recibido, o la que la sumerge en una actitud de *desaliento y timidez* ante un agresivo cerco secularista.

Apostólicamente enviados por el Señor a Europa hemos de afirmar con toda audacia que “el cometido fundamental de la Iglesia en todas las épocas y particularmente en la nuestra es dirigir la mirada del hombre, orientar la conciencia y la experiencia de toda la humanidad hacia el misterio de Cristo, ayudar a todos los hombres a tener familiaridad con la profundidad de la Redención, que se realiza en Cristo Jesús” (RH 10).

*La única aportación específica* que la Iglesia puede ofrecer al proyecto de Europa es la proclamación de Cristo, con su palabra y con su testimonio. A ella le corresponde transmitir la sabiduría evangélica del Cristo Maestro, y la energía del Cristo Redentor y Salvador, siendo consciente en su fe que de la misteriosa unión de Cristo con el hombre (GS 22) han de nacer el hombre nuevo y la humanidad nueva (RH 18), y, consiguientemente, una nueva Europa auténticamente nueva, es decir, salvíficamente convertida al

---

<sup>14</sup>Ecclesia n. 2394 (1988) 1549.



Reino de Dios, sujeto propulsor de la civilización del amor y de la solidaridad para toda la humanidad.

En medio de un ambiente de poscristiandad, donde se agiganta la ola de la increencia y del secularismo, la iglesia ha de enfrentar con audacia y con la única fuerza del Evangelio dos importantes objetivos: la evangelización de la nueva cultura europea que está naciendo, y la transformación del proceso de descristianización interna de la propia Iglesia mediante la promoción de un dinamismo cargado de espíritu evangelizador, que la haga “nueva en su ardor, nueva en su expresión y nueva en sus métodos”.

### III. EL RENACIMIENTO DE LA CONCIENCIA EUROPEA

Europa, en esta hora histórica, no es sólo un campo de increencia sino también un renacimiento y un despertar de su propia conciencia dormida, buscando lo que debe ser y empeñada en reconstruir su vieja unidad en moldes nuevos, acordes a las aspiraciones del hombre de hoy. Si la increencia reaccional y expansiva abre importantes dificultades a la misión evangelizadora de la Iglesia, esta nueva conciencia proyectiva de Europa “descubre hoy nuevas y creativas posibilidades de anuncio y encarnación del Evangelio”<sup>15</sup>.

#### 1. Europa vuelve a sus raíces

El actual proyecto de la creación de la gran Comunidad Europea es una esperanza abierta que se apoya en el recuerdo de la historia del continente.

La primera semilla de una Europa unida fue sembrada con la creación del Imperio Romano, que tuvo su momento más glorioso con la proclamación de la Pax Romana y la clausura del templo de Jano. La evangelización del Imperio y la expansión misionera de la Iglesia a todos los pueblos de un continente desarticulado, consiguieron alcanzar al final del primer milenio una gran comunidad europea, que se cualificó a sí misma con el nombre de *la cristiandad*. Los padres de la primera Europa fueron misioneros y evangelizadores audaces, que impulsaron el nacimiento de una conciencia europea sellada con la cruz y que demostraron que era posible la unidad del continente.

---

<sup>15</sup>Ecclesia n. 2242 (1985) 1320.

## 2. Las lecciones de una historia

A los inicios del segundo milenio se realiza en Europa la *Revolución Comercial*, impulsando una nueva cultura, la cultura del comercialismo, que marca todo nuestro posterior desarrollo histórico hasta la actualidad.

Los logros progresistas de esta nueva cultura son patentes para todos. Pero bajo su impulso nacieron también los nacionalismos hegemónicos y los imperialismos coloniales. Europa se transformó en un campo de endémicos enfrentamientos religiosos, políticos y sociales, imposibles de detener no obstante los innumerables pactos y acuerdos internacionales firmados durante estos largos siglos.

En el siglo XX hemos vivido las grandes tragedias de Europa: sangrientas revoluciones sociales promovidas por las internas injusticias padecidas por los sectores proletarios; totalitarismos políticos que imponían el holocausto de los derechos del hombre y de los ciudadanos; dos guerras continentales que arrasaron a todas las naciones, y que las reagruparon en dos grandes bloques colonizados, sometidos a las tensiones de una interminable guerra fría.

## 3. El proyecto de unificación de la Europa Occidental

Al término de la segunda guerra mundial, la Europa del Oeste se encuentra colonialmente unificada dentro del ámbito del Imperio Norteamericano, que establece el Tratado de la Alianza Atlántica, que promueve el sistema democrático liberal, y que ayuda a la recuperación económica de sus aliados mediante el Plan Marshall.

En este ambiente surgen los padres de la nueva Europa —Jean Monnet, Konrad Adenauer, Alcides de Gasperi, Winston Churchill, Paul Henri Spaak, Robert Schuman— que, frente a la artificial e impuesta unificación colonial, pretenden recobrar desde dentro la original unidad de la comunidad europea.

Tres grandes objetivos movían a los promotores del proyecto. El primero era la superación de los tradicionales enfrentamientos por las hegemonías económicas mediante la creación de un Mercado Común, capaz de anuar los esfuerzos y conseguir una superación de la situación de desastre, en el que habían quedado sumergidas todas las naciones. Segundo, el arrasamiento

del espíritu totalitarista mediante la promoción de una nueva Comunidad Europea auténticamente democrática, respetuosa y promotora de los derechos humanos. Tercero, el desarrollo de un espíritu pacifista que eliminara la alternativa de las guerras. Robert Schuman afirmaba que el espíritu de los fundadores de la Europa de los Seis era “servir a la humanidad finalmente liberada del odio y del miedo, y que recupera, tras demasiados desgarramientos, la fraternidad cristiana” <sup>16</sup>.

Pío XII, que fué el más clarividente y decidido animador de las grandiosas concepciones de los padres fundadores de la Europa comunitaria, tras la constitución de la Comunidad Económica en 1957, diseñaba el camino completo que era necesario recorrer: “Aun estando limitada al campo económico, esta nueva comunidad puede conducir, por la extensión misma de tal campo de acción, a afirmar entre los estados miembros *la conciencia de sus intereses comunes*, en primer lugar, y sin duda, sobre el plano material sóloamente; pero si el éxito corresponde a las esperanzas, esa comunidad podrá, en un segundo tiempo, extenderse también a los sectores que atañen mayormente *a los valores espirituales y morales*” <sup>17</sup>. De esta manera Pío XII presentaba el desafío pleno que se abría ante la nueva Europa unida que estaba naciendo en el Tratado de Roma.

#### IV. LA UNIDAD EUROPEA ANTE UNA ENCRUCIJADA

Los éxitos alcanzados por la nueva conciencia europea surgida en el Oeste han sido sorprendentes. La ampliación de la comunidad ha sido constante. Las naciones asoladas tras la última guerra han conseguido situarse entre las zonas superdesarrolladas del planeta, quedando integradas en lo que hoy se denomina Primer Mundo. El reciente acontecimiento de la *perestroika* ha venido a confirmar la validez del camino abierto por los padres de Europa frente al rígido sistema totalitario, que se había impuesto en el Este.

Pero los triunfos conseguidos pueden desorientarse en una autocomplacencia acrítica, en una autoafirmación cerradamente egoísta. Como constataba la Asamblea Ecuménica de Basilea “este período de esperanza y de expectación no está exento de nuevos riesgos. Este espacio nuevo hace que resurjan nuevos problemas. El proceso de transformación, como todo proceso de cambio, implica en sí mismo riesgos de conflicto. *Lo que algunos consideran como un nuevo futuro es considerado por otros como una*

<sup>16</sup> Citado por Juan Pablo II, *Ecclesia* n. 2395 (1988) 1580.

<sup>17</sup> Cfr. C. CORRAL, *El pontificado por la causa de Europa*, *Ecclesia* n. 2224 (1985) 700.

amenaza”<sup>18</sup>. Y añadía: “Una reestructuración adecuada de Europa no es posible más que en el marco de la transformación de la ciudad mundial”<sup>19</sup>.

### 1. Tres vectores internos en la nueva conciencia europea

De hecho, cuando hoy analizamos la nueva conciencia de Europa, encontramos en su interior tres fuertes vectores que pueden deformarla peligrosamente.

Sobresale, en primer lugar, su decidida y competitiva alineación en el Hemisferio Imperial del Norte, con una evidente opción de incrementar aceleradamente su superdesarrollo, su calidad de vida y de ambiente, y su potencial económico. Europa emerge prioritariamente como una gran mercado internacional, con pretensiones de un beneficioso imperialismo comercial.

En este nuevo ambiente, a partir de la Revolución de París en 1968, se ha comenzado a desarrollar una nueva modalidad cultural, que rápidamente ha tomado carta de ciudadanía y a la que provisionalmente se la ha llamado *cultura de la posmodernidad*, impulsora de un posliberalismo capitalista, de un postsocialismo y de un poscomunismo. Conlleva una nueva lógica social, en la que sobresale como eje del sistema la promoción de *la libertad individual*, desarrollada en un modelo de *narcisismo hedonista*. Desde esta óptica, surge una específica interpretación de los Derechos Humanos, perdiendo relieve la importancia de *las grandes responsabilidades colectivas* de la humanidad. Dialécticamente se enfrenta a la modernidad priorizando la realización individual frente a los grandes proyectos históricos, sustentados sobre solemnes metarrelatos<sup>20</sup>.

El tercer vector es el laicismo expansivo y militante, al que ya hemos hecho referencia, con una fuerte carga reaccional. En nombre del respeto a la libertad religiosa y, consiguientemente, a los increyentes, tanto agnósticos como ateos, promueve el derecho a una cultura oficial teóricamente neutra, pero de hecho predominantemente laicista. Cuando en el contexto de una cultura prepotente, ignorando las exigencias que implica el derecho de la libertad religiosa de los creyentes, Dios es silenciado y la dimensión religiosa del hombre es soterrada, es el mismo hombre el que entra en peligro de

---

<sup>18</sup>Ecclesia n. 2427 (1989) 833.

<sup>19</sup>Ecclesia n. 2427 (1989) 839.

<sup>20</sup>Para una bibliografía sobre la posmodernidad, véase J.M. MARDONES, *El desafío de la posmodernidad al cristianismo*, Bilbao 1988.

muerte <sup>21</sup>, teniendo que enfrentar graves riesgos incluso la misma comunidad política.

Estos tres vectores, cargados de contradicciones internas, se han apropiado durante estos años la mágica palabra *progresismo*, con fuerza demagógica para descalificar a los que ofrecen una oposición u otra alternativa. A mi juicio, este neo-progresismo es marcadamente divergente del espíritu que animaba a los fundadores de la nueva Europa.

## 2. El riesgo de una Europa inhumana

Si Europa queda dominada por este neo-progresismo corre el riesgo de incorporarse al inhumano mundo feliz, que presentía Huxley. La preocupación comienza a surgir en ambientes bien diversos.

La Asamblea Ecu­ménica de Basilea ya temía que la caída de los muros del Este podía transformar en un nuevo bastión a la Europa del Oeste <sup>22</sup>. Dicen­ta Ballester, ante los actuales acontecimientos, habla de la necesidad de una Europa preocupada por la ecología del espíritu y por un rostro humano <sup>23</sup>. El mismo tema ha sido repetidamente enfrentado por Juan Pablo II en sus encuentros con los organismos internacionales europeos. Europa ha de estar atenta a las víctimas que puede producir, y que ya está produciendo. Esto depende del modelo que configure la edificación de la nueva casa común.

Una Europa *centrada en su propio superdesarrollo*, se constituye en un peligro no sólo para el Tercer Mundo, sino también para la Europa del Este e incluso para sus propias regiones del Sur, como ya lo denunciaron los Obispos italianos <sup>24</sup>. Más aún, ya se ha descubierto que las rígidas exigencias del superdesarrollo generan en el seno de la propia Europa un Cuarto Mundo de marginados y desempleados, un mundo de desesperanza, impulsado a todo tipo de desintegración social y humana.

Una Europa *promotora en su interior de hedonismo materialista*, tiende a pervertir el contenido de los mismos derechos humanos. Así se advierte una tendencia a banalizar el valor humanizador de la familia y del matrimonio estables, y una depreciación de la vida humana, como se manifiesta en

---

<sup>21</sup>Ecclesia n. 2242 (1985) 1323.

<sup>22</sup>Ecclesia n. 2427 (1989) 834.

<sup>23</sup>"Hacia una nueva Europa con rostro humano", El País 7/06/90, p. 16.

<sup>24</sup>Ecclesia n. 2427 (1989) 843.

una postura cada vez más permisiva frente al aborto y la eutanasia. Juan Pablo II ha subrayado que, en este punto, no ha sido derrotada la Iglesia, sino que Europa se está derrotando a sí misma, inaugurando un capítulo más de su suicidio demográfico <sup>25</sup>.

Una Europa *impulsivamente laicista y agnóstica*, antropomomnista, puede congelar la dimensión trascendente y religiosa de gran parte de su población, minimizando peligrosamente el sentido de la vida y de la muerte, y desprendiéndose de uno de los motores más importantes que impulsan no sólo la honestidad, sino también la generosidad y la entrega, especialmente cuando éstas exigen renuncia, sacrificio y olvido de sí mismo por el bien de los demás. El verdadero encuentro del hombre con Dios es generador de un estilo de vida lleno de humanidad y de esperanza.

### 3. El rechazo a enfrentarse con las causas

Son innumerables las víctimas que la nueva Europa puede generar, e incluso existe una cierta conciencia de ello en el continente. Pero el problema que se plantea en el neo-progresismo europeo es la resistencia a una autocrítica radical, que le permita establecer y aceptar las verdaderas causas que las generan, para liberarse de ellas.

Actualmente se advierte que se prefiere ayudar generosamente a las víctimas, o promocionar y popularizar algunos remedios secundarios que puedan evitar algunas de ellas. Pero *se rehusa el denunciar las verdaderas causas* y el promocionar otra alternativa cultural que tienda a evitarlas radicalmente.

Es necesario que la Europa Occidental baje de su propio podium y acepte un diálogo salvífico con la Europa del Este, con el Tercer y el Cuarto Mundos, con sus víctimas, y con los críticos de su nueva cultura y de su nuevo sistema.

## V. UN NUEVO ESPIRITU, UNA NUEVA ALMA, UNA NUEVA CONCIENCIA

Podría parecer que Europa se encuentra en una grave crisis espiritual. No es ésta mi opinión. Pienso que *su crisis es de crecimiento*. Pero como

---

<sup>25</sup> Ecclesia n. 2242 (1985) 1322.

toda crisis de este tipo queda abierta a una encrucijada, con la aparición de tendencias divergentes, fenómeno característico de este tipo de situación.

De hecho en Europa se siente la necesidad “de encontrar nuevamente no sólo una cohesión económica y política, sino también y sobre todo, espiritual y moral bajo la perspectiva de su dimensión geográfica plena, que va desde el Atlántico hasta los Urales, desde el Mar del Norte hasta el Mediterráneo” <sup>26</sup>. La alternativa de Europa es un nuevo espíritu, una nueva alma y una nueva conciencia liberados del egoísmo, y animados por el amor y la solidaridad.

## 1. Las reservas espirituales de Europa

No debemos olvidar que Europa no parte de un vacío espiritual. Durante siglos sus generaciones se han ido educando bajo la luz de la sabiduría del Evangelio, de tal manera que incluso en la antropología que se ha formado a partir de la modernidad, podemos reconocer sus raíces evangélicas y cristianas. El europeo “está convencido de que la persona humana tiene un valor único en el centro del mundo, que la historia tiene un sentido, que el progreso es posible en todos los campos, que existe la esperanza de construir un mundo fundado en la justicia, en la solidaridad y en el respeto del derecho, que es posible no dejarse sumergir por el mal” <sup>27</sup>.

Es significativa la severa autocrítica a la que la Europa de hoy somete su pasada historia continental y extracontinental, con un positivo deseo de no volver a repetir sus egoísmos y sus errores en el futuro.

Los desastres y genocidios que desencadenó durante este siglo todavía están muy vivos en la conciencia europea. De ahí sus rápidas reacciones cuando reaparecen brotes de totalitarismos, de xenofobia y racismo, de militarismo y de armamentismo.

Es importante subrayar las numerosas enucleaciones de creyentes, el sentido de fe que se encuentra en su tradicional cultura popular, el rebrotar religioso en muchos sectores.

Pero sobre todo, es evidente que *Europa busca una configuración más humana de su cultura*, aunque sea marcando diferentes caminos y sometida a la tentación de la abundancia y del hedonismo, del materialismo y de la increencia.

---

<sup>26</sup> Ecclesia n. 2394 (1988) 1551.

<sup>27</sup> Ecclesia n. 2224 (1985) 699.

## 2. Promoción de la responsabilidad colectiva y reajuste de la escala de valores

La edificación de una nueva conciencia europea exige, en primer lugar, el desarrollo y la sensibilización a las grandes responsabilidades de toda Europa y de cada uno de los europeos ante los grandes valores del mundo: la naturaleza, la vida humana, la convivencia fraternal y justa de todos los pueblos y de todos los sectores sociales, los derechos humanos fundamentados en la dignidad de toda persona, el gran derecho de la libertad religiosa enraizado simultáneamente en el respeto a la conciencia personal y en la abertura del hombre a la Transcendencia.

El desarrollo de la responsabilidad colectiva ha de conllevar un reajuste de la escala de valores, de tal manera que teórica y prácticamente se llegue a mantener la prioridad de la ética sobre la ciencia y la técnica, el primado de las personas sobre las cosas, la superioridad del espíritu sobre la materia (RH 16), y la subordinación de la libertad al amor (Gal 5, 13-15).

## 3. Maduración del espíritu democrático

El desarrollo de la responsabilidad colectiva de Europa ha de ir acompañada de un incremento y *una maduración de su gran impulso democrático*, que implica el rechazo no sólo de todo totalitarismo interno sino también de cualquier tipo de imperialismo exterior. "Todos los antiguos imperios, que trataron de establecer su preponderancia a través de la violación, la coacción y la política de asimilación, han fracasado. Vuestra Europa será la de la libre asociación de todos sus pueblos y de la puesta en común de las múltiples riquezas de su diversidad"<sup>28</sup>.

La verdadera democracia ha de ser respetuosa ante los derechos humanos de todos los hombres y minorías; impulsora de la subordinación de los intereses particulares de los individuos y grupos, no a los caprichos de las mayorías, sino a las exigencias del bien común; por último, ha de promover en todos sus miembros una libertad de conciencia que les haga no aceptar y no reconocer como ley más que lo que sea objetivamente bueno y justo.

El espíritu democrático de un pueblo, si es auténticamente democrático, ha de ofrecer una situación justa de privilegio a sus sectores más débiles y a las víctimas de la sociedad. Su voz ha de ser especialmente escuchada.

---

<sup>28</sup>Ecclesia n. 2394 (1988) 1547.



Sus denuncias deben ser acogidas con toda atención. Sus posibilidades de participación en la marcha de la sociedad han de ser privilegiadamente potenciadas. Cuando las voces de los débiles, de las víctimas, de los pobres son silenciadas o descalificadas, la democracia ha muerto. Ellos, como testigos cualificados de la injusticia, constituyen el código vivo de los verdaderos derechos humanos.

#### **4. La libertad al servicio del amor y de la solidaridad**

No hay democracia sin libertad y sin un esfuerzo de consenso entre todos los miembros de la comunidad política. Quizás ésta haya sido la gran conquista de Europa en esta nueva etapa que estamos viviendo.

Pero todavía tenemos que descubrir que no existe verdadera libertad ni consenso auténtico hasta que ambos no se ponen al servicio del amor y de la solidaridad con abertura universal y con atención privilegiada a los sectores débiles y a las bolsas de víctimas que mantienen y generan nuestros injustos sistemas económicos y sociales, y nuestras desorientaciones culturales.

El amor y la solidaridad, como centro de la nueva cultura, han de constituir el espíritu de Europa. Esto supone salir de la tentación del egoísmo y del narcisismo, a la que se encuentra sometida en este momento la Europa Occidental. Ellos son los que humanizan, orientan y limitan los espontáneos instintos del tener, del placer y del poder, evitando que se transformen en peligrosos ídolos, que pueden constituirse en los débiles pies de barro de un poderoso y temido gigante.

### **VI. LA MISION DE LA IGLESIA EN EUROPA: LA NUEVA EVANGELIZACION**

Ante esta nueva situación en Europa, impulsada a un crecimiento de unificación democrática y, simultáneamente, emplazada ante una arriesgada encrucijada, la Iglesia, asumiendo su responsabilidad y su misión, tiene que preguntarse cuál es el servicio que ella puede prestarle o, de otra manera, cuál es la Nueva Evangelización que ha de desplegar sobre el continente.

#### **1. Los grandes objetivos**

Ya en 1985, Juan Pablo II decía: "La Iglesia está llamada a dar un alma a la sociedad moderna, tanto se trate de aquella compleja y pluralista del

Occidente como de la monolítica del Oriente. Y esta alma la Iglesia debe infundirla no desde arriba o desde fuera, sino pasando al interior, haciéndose prójima del hombre del hoy. Se impone, por tanto, la presencia activa y la participación intensa en la vida del hombre”<sup>29</sup>. Bajo esta expresión late el promover la conversión de la nueva cultura europea al espíritu del Reino de Dios, fuente de la Civilización del Amor y de la Solidaridad.

Mediante este objetivo, marcadamente transeclesial y respetuoso con el derecho de la libertad religiosa, *se afronta simultáneamente* el proceso de descristianización y la colaboración, mediante la luz del Evangelio, en la edificación de la nueva conciencia europea<sup>30</sup>.

Pero, ¿cuáles son las líneas maestras para desarrollar tan decisivo servicio a Europa? Sólo indicaré algunos puntos que me parecen de especial importancia.

## **2. La renovación de la Iglesia bajo el modelo de la Encarnación**

El que juzgo más importante es la renovación de la propia Iglesia, siguiendo el modelo y la dinámica propuesta por la Encarnación. Pero, teniendo en cuenta que, en el caso de la Iglesia se orienta simultáneamente en dos direcciones.

En efecto, la encarnación exige primariamente a la Iglesia existencial e histórica su propia conversión al radicalismo del Evangelio y a la persona de Jesús de Nazareth, que es el Cristo, el Mesías enviado por Dios para la salvación de todo el mundo. Pero, simultáneamente, la dinámica de la Encarnación conduce a la Iglesia a un proceso de interiorización en la cultura actual y en la historia del hombre europeo de hoy.

En la medida en que la Iglesia, mediante la fuerza del Espíritu, logre alcanzar una adecuada profundización y síntesis de ambas coordenadas, ella misma quedará constituída testimonialmente, manteniendo su originalidad religiosa, en el modelo analógico de lo que puede y debe ser una futura Europa inspirada por la Civilización de la Solidaridad y del Amor.

---

<sup>29</sup> Ecclesia n. 2242 (1985) 1323.

<sup>30</sup> Ecclesia n. 2394 (1988) 1551.

### 3. Una Iglesia que renueva sus comunidades e impulsa el ecumenismo

A partir de dicho movimiento encarnatorio, el primer esfuerzo de la Iglesia ha de ser el de *reconstruir tantas comunidades católicas* que, en este momento, se encuentran en pleno proceso de descristianización. Resultaría grotesca una Iglesia empeñada en la nueva evangelización del continente y despreocupada de la reevangelización de aquellos grupos y miembros que aún mantienen sus lazos con ella y con su fe, aunque sean muy débiles y fríos.

Pero el desafío y la misión de la nueva evangelización de Europa no es exclusivo de la Iglesia Católica, sino de todas las Iglesias enraizadas en ella. Hoy advertimos que debemos *impulsar el movimiento ecuménico*, porque estamos convencidos "que la unidad de los cristianos no sólo es, por sí misma, un bien esencial, sino que representa también *una dimensión necesaria* de la evangelización y un factor de paz en Europa" <sup>31</sup>.

Tenemos que reconocer que las diferentes rupturas de la comunión entre las Iglesias constituyeron uno de los factores más importantes en la desintegración de Europa, y se hizo pretexto para guerras sangrientas y para acentuar la desconfianza entre las diferentes naciones. También es un hecho que quizá el movimiento ecuménico, iniciado en 1925, haya sido el primer gran esfuerzo de unidad interna promovido en Europa <sup>32</sup>.

En la actualidad, el desarrollo del ecumenismo abre un mundo de posibilidades nuevas para la unificación y la evangelización del continente <sup>33</sup>.

### 4. Una Iglesia en el horizonte de la historia de Europa: la opción por los pobres

Para poder realizar acertadamente su misión evangelizadora la Iglesia ha de saber precisar su lugar en la comunidad política y en la historia.

Su lugar en la sociedad política, no obstante la transcendencia de su misión, ha de ser modesto, siguiendo las huellas de Jesús. A ella no le corresponde el situarse entre los organismos del poder y de la autoridad política. Dios le ha dado como su espacio natural el ámbito del pueblo, y

---

<sup>31</sup>Ecclesia n. 2242 (1985) 1322.

<sup>32</sup>BOUYER, *La Iglesia de Dios*, Madrid 1973, pp. 159-160.

<sup>33</sup>Ecclesia n. 2395 (1988) 1587.

en dicho ambiente ha de desarrollarse como la comunidad religiosa de los seguidores de Jesús, sin añoranzas ni aspiraciones por el poder del reino de este mundo, como claramente dejó establecido Jesús ante Pilato (Jn 18,36). Esa ubicación de la Iglesia es un factor más para mantener su libertad interna y garantizar la verdad de su mensaje.

Pero, en el movimiento de la historia, a la Iglesia le corresponde estar no a la retaguardia sino en el horizonte. Cabe preguntar dónde se encuentra este horizonte. Y tenemos que responder que donde se encuentra el Cristo crucificado.

Cristo, injustamente crucificado, es el *símbolo de todas las víctimas de la historia*. Ellas constituyen la denuncia de las injusticias, la exigencia de una sociedad más fraternal y más humana, la luz que ilumina las verdaderas causas que las mantienen y generan. Ellas trascienden todas las ideologías y sistemas, todas las culturas. Ellas establecen la superación más importante que ha de enfrentar la historia. Ese es el lugar privilegiado y arriesgado que le corresponde a la Iglesia y que, modernamente ha quedado expresado por la conocida opción por los pobres.

Pero Cristo crucificado es también *la revelación del remedio para la redención*, la salvación y la reconciliación del mundo: la prioridad del amor y de la solidaridad sobre cualquier tipo de intereses, de instintos o de aspiraciones humanas. Nadie ama tanto como el que está dispuesto a entregar su vida por los demás. Ese es el horizonte de la historia, en que tiene que situarse la Iglesia.

Por último, Cristo crucificado es la *afirmación de la absoluta transcendencia del amor*, al descubrirnos que "Dios es Amor". Esa es la fe que la Iglesia tiene que proclamar ante el mundo, y ante Europa en esta nueva etapa de su caminar.

Sólo cuando la Iglesia se sitúa existencialmente en este lugar privilegiado de la historia, que es Cristo Crucificado, desencadena todo su vigor para desplegar la esperanza de la renovación, de la superación y de la resurrección.

Este es también el punto de partida para la Nueva Evangelización de Europa, el único capaz de llenar a la Iglesia de entusiasmo, de fervor y confianza, aunque el ambiente poscristiano ofrezca no pequeñas dificultades.

**Antonio González Dorado**